

Las perchas de Almería



Las casas de 'Las Perchas' nacían bajo el torreón de La Alcazaba. Eran viviendas pobres de un par de habitaciones donde trabajaron muchas mujeres de la vida

Hoy leyendo la novela de César Vidal "El fuego del cielo" en la que recrea el mundo corrupto y real de Roma, en el siglo II d.C. lleno de vagabundos, timadores y farsantes llegados del norte de África y del lejano oriente, de bárbaros sometidos del norte de Europa, de legionarios y meretrices, yo también he rememorado, aunque guardando las distancias en el tiempo, el barrio de las prostitutas de Almería en las décadas de los años cuarenta y cincuenta del pasado siglo XX. Este barrio era conocido como de "Las perchas" y estaba comprendido entre la calle de Las Tiendas y el Cerro de San Cristóbal, hoy por cierto muy adecentado y totalmente cambiado con la apertura de la nueva vía llamada Calle Pósito; se trata de una gran arteria para peatones y vehículos que une la Puerta Purchena, a través de la Calle Antonio Vico, con la Alcazaba; el resultando es: un magnífico paseo, rápido, tranquilo, relajado y prácticamente sin ruido; en invierno soleado y resguardado del poniente y del levante y en verano con sombras

que ya empiezan a dar los árboles plantados. Aquel laberinto de calles que había entre Navarro Darax y el cerro, que ya solo figuran en algunos mapas de la ciudad, la retroexcavadora se los llevó por delante y hoy solo quedan en el recuerdo el nombre de algunas calles evocadoras: Lirio, Burladero, Jardín, Gritos, Los gallos o Belluga por citar algunas calles. Hoy leyendo la novela de César Vidal "El fuego del cielo" en la que recrea el mundo corrupto y real de Roma, en el siglo II d.C. lleno de vagabundos, timadores y farsantes llegados del norte de África y del lejano oriente, de bárbaros sometidos del norte de Europa, de legionarios y meretrices, yo también he rememorado, aunque guardando las distancias en el tiempo, el barrio de las prostitutas de Almería en las décadas de los años cuarenta y cincuenta del pasado siglo XX. Este barrio era conocido como de "Las perchas" y estaba comprendido entre la calle de Las Tiendas y el Cerro de San Cristóbal, hoy por cierto muy adecentado y totalmente cambiado con la apertura de la nueva vía llamada Calle Pósito; se trata de una gran arteria para peatones y vehículos que une la Puerta Purchena, a través de la Calle Antonio Vico, con la Alcazaba; el resultando es: un magnífico paseo, rápido, tranquilo, relajado y prácticamente sin ruido; en invierno soleado y resguardado del poniente y del levante y en verano con sombras que ya empiezan a dar los árboles plantados. Aquel laberinto de calles que había entre Navarro Darax y el cerro, que ya solo figuran en algunos mapas de la ciudad, la retroexcavadora se los llevó por delante y hoy solo quedan en el recuerdo el nombre de algunas calles evocadoras: Lirio, Burladero, Jardín, Gritos, Los gallos o Belluga por citar algunas calles.

Volviendo al barrio de Las Perchas, lo de el nombre estaba perfectamente claro, pues los que visitaban aquellas casas lo primero que hacían al entrar en la vivienda, era quitarse la chaqueta y prenda de cabeza y un poco después el resto de la ropa, a medida que el guión lo iba exigiendo y naturalmente necesitaban una percha donde colgar su vestimenta dignamente. Todo esto lo fui descubriendo poco a poco, primero con

inocencia y después con naturalidad. Lo primero que me llamaba la atención, era el movimiento y trasiego de coches de caballos que había por la bajada de la Calle de las Tiendas, Plaza Flores y otras calles adyacentes, todos los jueves del año. El sonido de los cascos de los caballos al chocar con los adoquines del suelo y el alegre sonido de las campanillas y cascabeles de los corceles, hacía que no pasase desapercibida su presencia.

Los coches circulaban siempre con la capota bajada y sin maletas y aquello, una y otra vez, me llamaba la atención poderosamente, porque mis hermanos y yo habíamos utilizado estos mismos coches de caballos, en alguna ocasión, para ir o venir a la estación de autobuses, que acababan de inaugurar en la Plaza de Barcelona y sobre todo para llevar las maletas o cestas llenas de cosas de matanza que traíamos de Alcolea. También me llamaba la atención, que nunca viajaban niños ni hombres, solo mujeres que iban cantando con desenvoltura y desparpajo, con manifiesta alegría, un tanto alocada, mirando descaradamente a la gente y saludando a cuantos hombres encontraban en su camino. ¡Adiós Pepe! ¡Adiós Antonio! o ¡Adiós Juan! Y naturalmente con alguno acertaba en el nombre, entre otras cosas porque en aquellos años nadie se llamaba Jonatan o Josua, ni ninguno de estos nombres raros que han aflorado copiosamente en los últimos años. No mires niño, me decía mi madre o mi hermana. Eran mujeres rechonchas o tal vez estaban hinchadas, con la cara muy pintada y los labios más aún. Poco a poco, a medida que fui creciendo, me enteré que eran prostitutas y qué eran las prostitutas.

En el Instituto se aprendía de todo y muy rápido, unas cosas en las aulas y otras en el patio durante el recreo. Un buen día supe qué eran aquellos desfiles verbeneros y provocadores de los jueves, que se dirigían a la calle Gerona, donde pasaba consulta el Ginecólogo, para que les hicieran el reconocimiento médico obligatorio, ordenado por el Gobierno, para evitar el contagio de las enfermedades venéreas tan frecuentes en aquellos años.

La ausencia total de alcantarillado en Almería y la escasez de agua, hacían que la higiene fuese muy precaria y en mi mente inocente de niño ha quedado grabada la escena de los chorros de aguas sucias y pestilentes procedentes de orinales y palanganas, que bajaban por aquellas calles hasta las mismas puertas de la iglesia de Santiago. Olían mejor las paradas de los coches de caballos, donde los olores de los orines de los equinos eran neutralizados con zotal, que aquel tufo nauseabundo y pestilente de cualquier calle del barrio de Las Perchas, que todos los días al atardecer inundaba el célebre barrio.

No quiero dejarme en el tintero la gran oleada de clientes de paso, que se producía siempre que atracaba en nuestro puerto algún barco de guerra, sobre todo los pertenecientes a la Armada de los Estados Unidos de América. Yo no sabría decir si los coches eran "berlinas", "victorias", "landós" o "jardineras" simplemente para todos los almerienses eran sencilla y llanamente coches de caballos; pues bien el caso es que los coches de caballos no daban abasto para trasladar a los marineros al barrio de Las Perchas; ambos gremios, cocheros y prostitutas hacían el agosto, aunque fuese el mes de enero. Los bares de la zona vendían más licores en una noche que en el resto del año.

Aquel lupanar inmenso es hoy una de las zonas más recomendables para pasear.

ÁNGEL LÓPEZ MOYA
Coronel de Caballería retirado